

que el hijo de Luis Felipe, general ayudante suyo, y todavía sobre los paveses del ejército. Y no solamente le daba lo mismo un vástago de cualquiera de las dos ramas, que significaban sendas tradicionales aspiraciones al trono; hubiera cogido un príncipe de los deshonrados y perdidos en la emigración, como un Provenza ó un Artois; y, si le apuraban mucho, un general de Prusia ó un Coburgo de Austria, que significaran la restauración y el triunfo de la Europa monárquica sobre la Francia republicana. Parece imposible: puesto al frente de un ejército revolucionario, y circuido de comisionados comuneros y convencionales en tantas ocasiones, quienes le perseguían y acosaban á una con su continua vigilancia, no supo disimular sus proyectos y dejó trascender su traición por todas partes. Bien es verdad que aquel hombre de tantas dobleces, el cual, á lo mejor, como la serpiente, se enrollaba sobre sí mismo, pareciendo inmóvil y frío; aquel hombre que, también como la serpiente, mudaba con frecuencia de piel y de color; aquel hombre de camarilla cortesana y de policía palaciega; muy habituado por ende al misterio y al silencio; sabiendo mover á su guisa los coros y los coristas de una regia cámara; no conocía las moles nuevas, las moles revolucionarias, las moles nacionales, para cuyo conocimiento no se necesitaba la vista de lince connatural á los intrigantes, sino la vista de telescopio que penetra en lo profundo, insondable, y abraza lo infinito. Imaginaos un astrónomo pretendiendo ver la estrella Sirio del firmamento con un microscopio y un químico pretendiendo ver con un catalejo la trichina del jamón. Los anteojos de cortesano se ponía Dumouriez para mirar los encendidos y rojos ejércitos de las revoluciones, los desordenados y epilépticos emisarios de la Convención en plena dictadura y de la Comunidad en pleno delirio. Lo único que había de verdadero cortesano en él durante este famoso litigio con los grandes revolucionarios sobre Bélgica, estaba en haber escogido una posición adelantada y ventajosa por sus apariencias para combatir á la Revolución en realidad. Quien le hubiera oído en aquellas circunstancias, creyérale un verdadero santo de la libertad, cuyo nombre debía inscribirse con culto en los almanaques de la revolución. Respecto de los belgas quería que constituyeran una entidad nacional aparte; que guardaran su nativa independencia; que se rigiesen y se gobernasen á sí mismos en plena libertad; cosas muy bien dichas, pero encaminadas á impedir el engrandecimiento de Francia y á cercenarle sin piedad la parte de territorio que le adhiriera el ejército de la libertad cuando en brevísimo espacio de tiempo vencía sobre Valmy, sobre Maguncia, sobre Jemmapes, cediendo este postrero titánico empeño á favor de los belgas y de su anhelada redención. En vano relampagueaba y tronaba y fulminaba Dantón en palabras propias de la tempestad del alma que Dios le diera, imponiendo la incorporación á Francia de Bélgica; en vano Cambón, guiado por sus previsiones de consumadísimo hacendista, se impacientaba por poseer la hipoteca de Bélgica para sus asignados en quebranto. Dumouriez lo descomponía todo, poniendo el ejército que Francia le diera para redimir primero y someter luego los belgas á Francia, en favor

de las resistencias y de las oposiciones belgas contra Francia. Con este proceder se había separado el maquiavélico general de todas las escuelas y de todas las fracciones militantes. Aunque la pereza girondina se venía con su inercia, desde que la traición del cuitado transcendía por todas partes, hasta los girondinos se guardaban muy bien de apoyarlo á las claras. Con los montañeses cada día se aflojaban más y más los lazos, cuyos nudos antes los unieran. Marat le consideraba enemigo irreconciliable de la libertad. Robespierre, aunque se callaba, merced á su natural perfidia, decía en secreto lo mismo que Marat vociferaba en público. Dantón había llevado la defensa de Dumouriez, por no tener otro general mejor la Convención, hasta el extremo de arriesgar, con verdadera conciencia y deliberación, su popularidad; pero estaba de él muy receloso, y temía el haber mostrado un contrasentido al exagerar su defensa muy allende lo conveniente y lo justo. En medio de las grandes moles que discurrían por los espacios de la política francesa, no quedaba por Dumouriez más que un átomo, el cual prestaba un apoyo interesadísimo; la diminuta fracción de los aborrecibles Orleanes.

En mal momento soñara con tal candidatura. El orleanismo, pujante y pródigo en la primer asamblea revolucionaria; dueño casi de París por sus numerosos estipendiados; director de los salones literarios y mundanos, por lo mucho que la llamada buena sociedad suele arrimarse al sol que más calienta; candidato discutido, pero candidato á la postre para el desempeño de un trono constitucional que la rama primera no quería comprender y aceptar; después de haber tronado desde su palacio real como un Júpiter fulminante, después de haber asistido á las primeras escenas de la revolución con su presencia y con sus maquinaciones, iba disminuyendo al compás que iba levantándose la ola republicana. Sucédiale al duque de Orleans lo que sucede á todos cuantos violan las leyes morales eternas. Aquellos mismos que se habían aprovechado solícitos de su voto sobre la muerte del Rey, le daban en rostro con este voto, y le huían de todas las maneras por todos los caminos; «que el traidor no es menester siendo la traición pasada.» Si Orleans, en su natural perversidad, no sintió remordimientos por su voto parricida, todos cuantos le rodeaban se convertían en esos remordimientos vivos que faltaban á su conciencia é iban recordándose en torno suyo, como las brujas del Macbeth danzaban en torno del fuego y de la hoguera donde se componían sus mixturas. Así, aquel príncipe tan halagado un tiempo, tan circuido de cortesanos revolucionarios, que mereció tener por defensores los grandes jacobinos, al revolverse por última vez contra su persona y su política la fracción girondina, se vió sólo en su banco. Perteneciendo por la celeridad terrible de su caída desde los altos de la realeza tradicional á los abismos de la revolución más espantosa, no se daba cuenta de las leyes religiosas y morales que violara en su vida y de las persecuciones que atrajera sobre su frente. Pero Dumouriez y Orleans parecían formados y nacidos para entenderse. Idéntica falta de patriotismo en ambos; codicia idéntica por los lucros y los pro-

vechos tangibles. Así, habíanse buscado unos á otros; el general traidor de la revolución y los príncipes traidores de la monarquía, para entenderse y abrazarse al borde oscuro del abismo. Cuando ya comenzó Dumouriez su descarada conjura, Orleans no tenía otro recurso ni otro refugio que aquella infame fechoría de un hombre perdido. Dumouriez comprendió que uno á otro se apoyaban, y puso en relieve máximo ante sus tropas los príncipes aquellos de sangre real. Así, los puestos más visibles, los cargos más altos, los combates más empeñados, los papeles más airosos iban reuniéndose sobre la persona del primogénito de los Orleans, para ver si cualquiera de ellos le ofrecía la diadema que cayera desde los Borbones legítimos en la guillotina revolucionaria. Había más. El general favorito de Dumouriez fuera siempre Valence. Yerno de madama Genlis, institutriz de Luis Felipe, casi una madre para éste, pues si no le había dado la nutrición de sus pechos, le había dado la nutrición de sus ideas, Valence llegó en su fervor y devoción orleanistas á proponer al jefe de los vendeanos insurrectos, á Charette, la persona de Luis Felipe de Orleans para ponerla en el trono que debía refragar aquella heroica demencia de la suicida insurrección reaccionaria. Cuando Charette oyera tales proposiciones, volvió las espaldas al proponente, diciéndole que prefería la República y hasta dos balas en la cabeza. El general Dumouriez, que, por su inteligencia y su valor, alcanzaba una gran popularidad en el ejército, no perdona medio de irradiar esta popularidad sobre su regio pupilo. Y como, no contento con su carácter y su ministerio militares, Dumouriez se las echaba de estadista, y, sobre todo de gran diplomático, urdió vastas conjuraciones fuera de Francia, para que le aceptasen un Rey, el cual podía ser aceptable á los monárquicos por su sangre real y á los republicanos por su sangre regicida. Así, cuando estuvo por Enero del noventa y tres Dumouriez en París, se avistó frecuentemente con el duque padre, para disponer la candidatura del duque hijo, diciéndole como, si no levantaba él mismo un trono para su persona y para su familia, se levantaría para su persona y para su familia un cadalso. Orleans, que había visto destrozada la hermosa figura de su pariente la princesa Lamballe ante sus ojos; que había visto inmolados por las matanzas de Septiembre muchos aristócratas amigos suyos en los calabozos rebosantes de sangre; que asistiera desde su berlina en Enero á ver la persona del Rey Luis XVI inmolada y tendida sobre las tablas del patíbulo; ya no tenía fuerzas para mayores luchas, y doblaba con resignación, si no de grano, su frente á la fatalidad, comprendiendo cómo necesitaban un castigo sus crímenes, habiendo una justicia imperecedera é inmanente sobre la tierra.

Pero Dumouriez no podía conformarse con esta regia conformidad. Hombre de acción, militar de mérito, batallador de incansable actividad; respirando con gozo el aire de las batallas; quería combatir entonces á la revolución, en cuyo pro consiguiera tantas y tan inmortales victorias. Así desde Lovaina, escribió carta terrible al Parlamento, la cual carta llevaba en sus pliegues temerarias declaraciones de guerra implacable á la revolu-

ción y á los revolucionarios. Con una temeridad increíble decía que las peticiones de reunión á Francia hechas por los belgas se habían dictado por las balas; decía que Cambón se propusiera empapar el tesoro francés en el oro flamenco, para sostener sus maltrechos y ruinosos asignados; decía que por todas partes reinaba la impiedad, entradas á saco las iglesias, esparcidas por los pavimentos las formas consagradas y las reliquias sacrasísimas, presos los sacerdotes, suprimidos los frailes, volcadas las imágenes, violados los tabernáculos; entendiendo que todo esto pasaba por un decreto del Cielo fulminado sobre la Convención para castigar á Francia. Imaginaos lo que pasaría en cuanto se recibió la carta desacato. El terror subió donde no había subido cuando las célebres irreverentes epístolas de Lafayette. La Presidencia quedó como petrificada, sin atreverse á decretar la lectura de tan extraño documento. En su zozobra se dirigieron al comité de defensa general, demandando consejos y auxilio. En el consejo de defensa general, hubo quien dijo que se arrestase á Dumouriez, como si fuera eso fácil arrestar á un jefe que contaba con tantos y tantos defensores entre sus soldados, aunque fueran estos soldados voluntarios de la revolución. Si llegan á cumplirse las órdenes de la defensa general, medio ejército francés hubiera luchado con medio ejército francés y el austriaco se hubiera metido entre los dos grupos aniquilados hasta penetrar en el corazón de Francia y atrofiarlo. Para estos trances no habrá nadie como Dantón. Seguro de la bondad y de la rectitud de sus propósitos, importábanle poco los dardos de la calumnia. Viendo la imposibilidad absoluta de arrestar entonces á Dumouriez en medio de su ejército, se opuso al arresto, diciendo cómo había visto los soldados seguirle cual tímidas ovejas á su pastor y ofrecerle sus vidas y besarle desde las manos hasta las botas. Como político, decía el gran orador, Dumouriez ha perdido la cabeza; como general no tienen otros ni la República, ni la Francia. Los girondinos incapaces de tomar una resolución por sí de tanta magnitud, pero capaces de sostenerla cuando la proponía otro aceptando toda la responsabilidad, abundaron en el sentido de Dantón. Y Dantón se comprometió á conseguir de Dumouriez la retirada y revocación del infame papel. Quiso que para conseguir esto le acompañaran los girondinos; y los girondinos, temerosos de la dificultísima empresa, declinaron la responsabilidad sobre Dantón. De pecho muy ancho éste, de muy grandes agallas, de ánimo resuelto, de valor sobrenatural; cuando sentía prestar un servicio á la República, despreciaba los dimes y diretes, yéndose directamente al objeto apetecido. Pero como en política la fuerza de los hechos puede más que la fuerza de los hombres, aquel gran jefe militar, que por el colmillo escupía el día doce, quedaba derrotado el diez y ocho. En la batalla de Nerwinde se repitieron las mismas evoluciones que en la batalla de Jemmapes, quizás igual heroísmo, pero el resultado fué adverso á los franceses. En su retirada encontró Dumouriez á Dantón. Si en vez de ir vencido, fuera vencedor, quizá lo hubiese preso; mas bajo la inmensa pesadumbre de su desgracia,

Dumouriez no se atrevió á prender á Dantón, como no se había por su parte atrevido Dantón á prender á Dumouriez fundado en la fuerza que mandaba el gran general. Este se atuvo á un término medio en el negocio de su carta; no la sostenía como la hubiera sostenido vencedor, pero tampoco la revocaba. Todo cuanto pudo sacarse de él fué, que prometiera explicarla. Dantón se fué gozoso con esta promesa; y apenas se había ido, cuando Dumouriez fraguaba su conjura manifiesta y escandalosa con los austriacos contra los franceses. Pretextando un cange de prisioneros, avistóse con los enemigos. Estos le trataron, crueles, con mucho menosprecio. En vez de mandarle un general á su altura y de su graduación, le mandaron un coronel, el coronel Mack. Y entre general y coronel convinieron en que no sería molestada la vuelta de los franceses á Francia, pero que Austria recobraría los Países Bajos entregados por el vencedor á su merced y arbitrio.

A medida que Dumouriez más entangaba su persona y sus huestes en el inmundo lodazal de las reacciones, menos esperanzas le ofrecían aquellos, por quienes se había deshonrado y perdido, de aceptarle su Rey regicida. Por una razón clarísima costaba tanto el poner un Rey falsificado en Francia como pudiera costar el reponer un Rey legítimo, pues aquél tenía contra sí, por necesidad, amén de todos los republicanos, todos los monárquicos; sólo tenía por sí una cantidad negativa, la traición de Dumouriez. Por esta razón los Coburgos del ejército austriaco reíanse á mandíbulas batientes de los candidatos propuestos por el traidor, y únicamente le pedían se marchase á otro punto con su música y los dejara en paz. Las propias Memorias del general enseñan cuánto y cómo llegaron á ofenderle por su traición los mismos en cuyo favor la perpetrara. Una grande asamblea, reunida para tomar disposiciones que fructificaran el crimen, se congregó bajo la presidencia de Dumouriez. Luis Felipe asistió el primero, cansado de representar afectos tan opuestos á su familia como el honor personal y la fidelidad á Francia. En tan pocos años de vida sólo aprendió á traicionar su patria y á pedir que le coronasen Rey por tan asqueroso título. Varios de los generales y jefes traidores le acompañaban. Del ejército austriaco sólo estaba Mack; pero se impuso al crimen, como si llevara en sus venas la sangre de los Coburgos y en su cabeza la corona de los Austrias. Y recabó de los infames, idos hasta el fondo de la infamia, que los imperiales se convirtieran de adversarios en amigos del general francés; que, unos y otros, ya juntos en iguales propósitos, marcharan sobre París para erigir la monarquía constitucional; que, caso de no poder cada cual con sus esfuerzos aislados restablecerla, se pondrían á las órdenes de Dumouriez, quien dirigiría bajo su generalato los dos ejércitos; que, no sólo evacuaría Bélgica, entregaría en rehenes una ciudad francesa por su territorio y su gente al enemigo, la ciudad de Condé; que todas cuantas plazas pudieran arrancar á Francia recibirían guarniciones compuestas de austriacos y de traidores reunidos. Imposible un acto más escandaloso. Todos los afectos patriotas quedaban por él anulados; todos los sentimientos del honor nacional quedaban suprimidos.

Los esfuerzos sobrehumanos hechos por tantos héroes quedaban por completo baldíos y la sangre de innumerables mártires disipada en el horrible olvido. Sobre todos los republicanos recaía este crimen; pero, á quien más abrumó, fué al arrestado resuelto Dantón, quien, para no perder la partida jugada en Flandes, ponía la mano en el fuego por tan malvado general, pues ninguna prueba contra Dumouriez tenían sus enemigos, ignorando todos el convenio con Mack. La multitud posee vista de lince, olfato de sabueso y atisba y husmea los sucesos antes que hayan pasado en el tiempo y en el espacio. Así, todo París llevaba en los labios esta frase: «Dumouriez nos ha vendido», antes de que la venta estuviese ultimada. En éstas, Dantón llegó, de regreso á París. Muy pagado con lo que creyó haber conseguido de Dumouriez, é ignorando lo sucedido mientras él tornaba, se recogió en su casa con ánimo de reconcentrar sus fuerzas é intentar su campaña en pro del general. Mas había comprometido su cabeza. La defensa temeraria del traidor; lo arriesgado y peligroso moralmente del viaje; la inmerecida confianza puesta en un hombre indigno de humanos afectos; sus resistencias á que la epístola del desacato se tomara en aprecio y cuenta con la Convención indignada; los celos que de subir á la guillotina sentían cuantos le acompañaran en aquella horrible aventura; bastaron para que sus mayores partidarios le abandonasen, y él se quedase completamente sólo y entregado á sí mismo en la defensa de su generoso error. La Gironda estaba en el caso de apoyarlo y seguirlo. Quizás el general no hubiera estado tan inerte si le faltara el apoyo girondino á su inercia. Quizás incorporara el pueblo belga al pueblo francés si los girondinos ayudan á la incorporación y no á la independencin. ¡Ay! El error eterno de la Gironda surge aquí; su irresolución, cuando más se necesitaban resoluciones, su miedo á las responsabilidades cuando había que recogerlas gravísimas, si no quería perderse y consigo perder á Francia. Y un acto avieso é injusto de los jacobinos había puesto en movimiento á la Gironda contra sus eternos enemigos, y puéstola con razón. Al mismo tiempo que se daban autos de prisión inmediata contra los Orleanses y sus cómplices, ordenábase recoger y sellar los papeles del probo y recto Rolland. Pero, si tenían razón para quejarse y plañerse de tal acto, no tenían razón para imputarse al sublime y generoso jefe de los franciscanos. Harto sabía éste que la República se hallaba en el caso de sumar fuerzas y no restarlas. Su empeño por salvar á Dumouriez estaba fundado en la necesidad imprescindible de que tal suma creciera y no bajara. Mas ellos le creían autor del entuerto inferido á su jefe, y le demandaban estrechísima cuenta. Así, Lassource, girondino de antigua cepa, orador acre y acerbo de una violencia que le hubiera envidiado cualquier montañés, seco y árido como la mayor parte de los protestantes, muy agriado por las persecuciones continuas, y porque, imaginando haber llegado á un verdadero puerto con la República, sólo habían llegado á una tempestad, se revolvió contra todos sus enemigos airado, y echaba plomo derretido sobre todas las heridas, recrudeciéndolas y enconándolas. La triste arenga de Lassource tuvo